

David García Hernán

## CONSECUENCIAS POLÍTICO-CULTURALES DE LA BATALLA DE LEPANTO: LA LITERATURA ESPAÑOLA

### 1. Cuestión de perspectiva

Viene a ser ya lugar común en la Historiografía modernista sobre la guerra cristiano-turca en el Mediterráneo la alusión, directa o indirecta, al largo – y ya un tanto cansino – debate historiográfico sobre las consecuencias y utilidad del combate más sangriento en la Historia de Europa desde Cannas, allá por el 216 a. de C.; esto es, la batalla naval de Lepanto. Y, por supuesto, no es nuestra intención reproducir aquí todas sus variantes: desde la ya clásica afirmación volteriana del éxito desaprovechado y las mucho más científicas aseveraciones de Braudel<sup>1</sup> (seguidas por legión de autores como Hess<sup>2</sup>) en el sentido de dar poco valor a los frutos militares de la victoria cristiana, hasta las nuevas visiones que pretenden re-evaluar los resultados – más bien potenciales – de la batalla<sup>3</sup>, o que cargan las tintas sobre la imagen propagandística que proporcionó tan magno – se quiera o no – acontecimiento<sup>4</sup>.

En realidad, estamos convencidos de que el saldo final de aquel memorable encuentro está en función más bien de la perspectiva con que se mire que otra cosa. Cada postura enfrentada puede tomar elementos de juicio que son fácilmente comprensibles y aceptables, y se puede llegar a una conclusión en función del signo de los elementos tomados. Solamente queremos llamar la atención sobre un hecho: el que mayoritariamente – hasta ahora – haya triunfado en la Historiografía de los últimos tiempos la visión de la “inutilidad” de la victoria se debe más bien, desde nuestro punto de vista, a que los argumentos en este sentido (como la no toma de Chipre, el espectacular rearme naval turco, o la posterior toma de Túnez por los turcos, entre otros) son más fácilmente demostrables, de acuerdo con los más

<sup>1</sup> F. Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, F.C.E., México, 1980.

<sup>2</sup> A. C. Hess, *La batalla de Lepanto y su lugar en la historia del Mediterráneo*, en J. H. Elliott (ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 90-114.

<sup>3</sup> I. K. Hassiotis, *Hacia una re-evaluación*

*de Lepanto*, en A. Bernat Vistarini (ed.), *Volver a Cervantes*, Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Lepanto, 1-8 de octubre de 2000), Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 2001, t. I, pp. 37-46.

<sup>4</sup> M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Sílex, Madrid, 2008.

transitados principios metodológicos actuales, que los que hacen referencia a las ventajas de las situaciones que no se pudieron llegar a dar. Como, por ejemplo, una hipotética ofensiva general turca sobre el Mediterráneo Occidental, o el grado de consideración de los turcos al hecho de que, contrariamente a lo que había sido una constante en la Historia de Europa, los príncipes cristianos se podían unir en pos de un objetivo común<sup>5</sup>. Desde nuestra perspectiva, el éxito que pudo suponer el resultado en la psicología colectiva o, si se quiere, en el estado de opinión de los hombres de la época (para los que, sin ningún género de duda, la batalla fue un acontecimiento extraordinariamente importante) se nos presenta mucho más desdibujado por la mayor endeblez de las fuentes y los argumentos metodológicos empleados en este tipo de demostraciones. Pero no por ello – pensamos – deben dejar de ser considerados con la mayor atención por parte del historiador, con todas las armas de que dispone, para adentrarse en esta escena socio-cultural. En ella se puede atender no sólo a la realidad de los hechos, sino a algo también fundamental para el saber histórico: el cómo estos hechos fueron representados en el horizonte cultural de la época, cómo fueron asimilados en la psicología colectiva y, sobre todo, cómo pudieron influir en los hechos de futuro y – también – en las propias representaciones culturales que estaban por venir.

Nuestro objetivo en este trabajo, pues, de acuerdo con estos planteamientos, es acercarnos al resultado de la batalla desde el punto de vista cultural (en el sentido más amplio del término), atendiendo a una serie de representaciones literarias muy extendidas (toda vez que las artísticas, están siendo analizadas, con gran éxito, en los últimos tiempos)<sup>6</sup>. Ello es así porque estamos convencidos de la idoneidad metodológica (con las suficientes prevenciones, filtros y contrastes, claro) que tiene la literatura como fuente histórica. Pero no sólo de la historia factual o política, con tintes, en demasiados casos, más bien descriptivos, sino, especialmente, de la Historia social, económica, institucional o propiamente cultural. De cualquier forma, esa percepción tan famosa y repetida, como lacónica y veraz, de Cervantes de que los turcos ya no eran invencibles por mar<sup>7</sup>, por fuerza debía entrañar un

<sup>5</sup> Como se pudo ver a todas luces con las celebraciones de la victoria en países enfrentados tradicionalmente. Muchos católicos hubiera pagado dinero por ver cómo se felicitaba con gran pompa al embajador de España en Londres en medio de banquetes tan fastuosos como los que se dieron en las propias cortes católicas. Por no hablar de las muestras de alegría nada menos que entre los protestantes de Escandinavia.

<sup>6</sup> Cfr. especialmente, V. Mínguez, *Iconografía*

*de la batalla de Lepanto*, «Obradoiro de Historia Moderna», n. 20 (2011), número monográfico titulado *Poder, imagen, opinión pública y propaganda en la Edad Moderna*.

<sup>7</sup> «Aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar: en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada» (M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote*

horizonte cultural nuevo que, por supuesto, marcaría también la Historia, por mucho que los hechos militares no acompañaran demasiado (las decisiones político-militares dependían imperiosamente – algo que no suele ser remarcado suficientemente por los historiadores – de las disposiciones logísticas) a las expectativas abiertas.

## 2. Lepanto como un producto cultural

Fuera realmente una gran victoria o no desde el punto de vista militar, el hecho incuestionable es que todos los contemporáneos percibieron la noticia (ya sólo el extraordinario número de correos despachados para darla, nos habla de que se trataba de un hecho único) como algo que cambiaría radicalmente la situación de aquellos momentos (especialmente en lo que se refiere a la confrontación real y psicológica contra los turcos<sup>8</sup>); y – lo que más nos interesa a nosotros –, así lo percibieron también los escritores, que vieron en el acontecimiento un auténtico filón. Además de las consabidas aseveraciones de Cervantes sobre lo que nunca habían visto ni verían los siglos, el prácticamente desconocido libro I – manuscrito – de la *Austriaca* de Francisco de Pedrosa «canta una guerra cual no hubo nunca...»<sup>9</sup>. El de muchísima mayor fama de Fernando de Herrera, en términos extraordinariamente parecidos que el genial alcalaíno, habla de que «nunca los tiempos pasados alcanzaron semejante ocasión», ensalzando su valor sobre los grandes hechos de griegos y romanos porque se tuvo que luchar en Lepanto con «las armas más sofisticadas y crueles, las de fuego en general y la artillería en particular»<sup>10</sup>. Y el propio Vicente Espinel (el autor del muy difundido *Marcos de Obregón*) hablaba de Lepanto como de la «sangrienta batalla de más nombre/que jamás ha vencido mortal nombre»<sup>11</sup>.

Como hemos anticipado ya, en general los escritores españoles vieron en Lepanto una inmejorable ocasión. Sobre todo porque eran conscientes de que, siendo un acontecimiento esencialmente histórico, como decía Cristóbal Mosquera de Figueroa cuando felicitaba a Ercilla al publicar los hechos de los españoles en América en poesía, se podía salir de la propia

*de la Mancha*, primera edición de la primera parte en 1605 y de la segunda en 1615; cito por la edición de J. Pérez del Hoyo, Madrid, 1963, I parte, pp. 208-209).  
<sup>8</sup> R. García Cárcel, *La psicosis del turco en la España del Siglo de Oro*, en F. B. Pedraza, R. González (eds.), *Los imperios orientales en el teatro del Siglo de Oro*, Actas de las XVI jornadas de teatro clásico (Almagro, Julio 1993), UCLM-Festival de

Almagro, Ciudad Real, 1994, pp. 15-28.

<sup>9</sup> J. López de Toro, *Los poetas de Lepanto*, Instituto Histórico de la Marina, Madrid, 1950, p. 88.

<sup>10</sup> F. de Herrera, *Relación de la guerra de Cipro, y suceso de la batalla naval de Lepanto*, Sevilla, 1572, p. 262.

<sup>11</sup> Vicente Espinel, *La casa de la memoria*, en *Obras completas*, 2 vols., Málaga, 1994, t. II, canto II, p. 492.

Historiografía para su mejor y más amplia resonancia, teniendo en cuenta que aquélla, la poesía, según sus propias palabras, era más universal que la Historia. Lepanto, sin ningún género de dudas, es un caso singular en la Historia de la Literatura por el impacto cuantitativo que supuso. Prácticamente todos los géneros literarios se vieron abordados por esta temática y se ha hablado de hasta un «confuso montón de poesías latinas celebrando tan fausto acontecimiento en los más diversos tonos, metros, géneros e interpretaciones»<sup>12</sup>. Por esto, y porque nos importan mucho más los temas tratados en el contenido si tienen que ver con cuestiones puramente históricas, veremos desfilar por estas páginas prácticamente todos los géneros literarios, sin hacer grandes distinciones entre ellos – pido perdón a mis colegas especialistas en la Historia de la Literatura, mucho más técnicos en estas lides –, ya que atendemos, esencialmente, a los mensajes lanzados hacia el público que contribuyen a crear una especie de “opinión popular historiográfica”.

Incluso en un ámbito internacional, la trascendencia cultural de la “batalla naval” (como se la llegó a conocer, como es sabido, por antonomasia), superó cualquier medida hasta entonces conocida. Como ha remarcado hace poco I.K. Hassiotis, hasta entonces no se había producido en todo el continente europeo una eclosión cultural sobre el tema como el que se dio en Lepanto. Y esto lo considera tan importante como para convertir este fenómeno de “denominador común cultural europeo” en una de sus principales argumentos a favor de la trascendencia de la batalla de acuerdo con las nuevas perspectivas que ofrece sobre ella<sup>13</sup>.

Y, por supuesto, no parece necesario subrayar que, en el caso de Lepanto, estamos, por la producción e impresionante difusión de las obras, ante el mayor acercamiento literario de la sociedad española, basado en la verosimilitud de los hechos que se narran, hacia la cultura de la guerra en la historia del Imperio Español<sup>14</sup>. Una cultura

<sup>12</sup> J. López de Toro, *Los poetas de Lepanto* cit., p. 98.

<sup>13</sup> Ciertamente, merece la pena repetir aquí sus propias palabras: «No sé de otro acontecimiento de la historia moderna europea, anterior a la Revolución Francesa, que haya inspirado tantas obras de la literatura y el arte, como ocurrió con la batalla naval de Lepanto. Independientemente de su calidad, la abundancia de estas manifestaciones, así como su alcance geográfico, y su constante presencia a través del tiempo en diversos campos artísticos – desde la literatura popular y los singulares escritos profético-escolásticos, hasta la literatura erudita, junto con el teatro, la música, la escultura

y la pintura – apuntan a un mismo hecho histórico: Que los pueblos europeos, a pesar de su disgregación política, y, más notable aún, a pesar de la gran escisión escolástica que los marcaba, continuaron actuando, ideológicamente, como miembros de una misma comunidad, compacta, o, si se quiere, de un “cuerpo cristiano común» (I. K. Hassiotis, *Hacia una re-evaluación de Lepanto* cit., p. 40).

<sup>14</sup> Sobre el concepto historiográfico de la cultura de la guerra, cfr. F. Cardini, *La culture de la guerre. X-XVIII siècle*, Gallimard, Paris, 1992; y para el caso concretamente español, D. García Hernán, *La cultura de la guerra y el teatro del Siglo de Oro*, Sílex, Madrid, 2006.

de la guerra extraordinariamente extendida por el país de acuerdo con unos gustos (ya decía Ercilla que escribía su Araucana, entre otras cosas, por la afición que había a las «cosas de la guerra»)<sup>15</sup> que, merced a este tipo de obras, no hacían sino acrecentarse. No podemos estar más de acuerdo con la relativamente reciente aseveración del profesor Manuel Rivero, cuando afirma que Lepanto fue un «artefacto cultural» que cumplió sus objetivos<sup>16</sup>.

### 3. Literatura como fuente de la historia social

Evidentemente, dentro de esa cultura de la guerra, entre su dimensión escrita podemos encuadrar a las obras de carácter historiográfico o las que, según denominan los historiadores de la literatura, podemos encasillar bajo la denominación de “prosa didáctica”. Pero, suficientemente transitadas estas fuentes por infinitos historiadores, desde la perspectiva de análisis de nuestro estudio no son este tipo de obra que se acercan a la Historia de forma más directa las que nos pueden interesar para nuestro propósito. La “subliteratura” – como se la ha llamado – de las relaciones de sucesos en forma de pliegos de cordel<sup>17</sup>, si bien fue extraordinariamente abundante en el caso de Lepanto (su altísimo número<sup>18</sup> nos habla también a favor de cómo fue percibido de trascendente el acontecimiento) tampoco forma parte de nuestra misión. En realidad, tanto porque se trata de un género más bien periodístico, que no busca tanto el deleite del lector con unos parámetros de calidad literaria verdaderamente apreciables como su información, como por

<sup>15</sup> Más concretamente, decía en el prólogo de su genial obra: «considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla» (A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*; cito por la edición de Madrid de 1993, p. 69).

<sup>16</sup> M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional* cit., pp. 251-252.

<sup>17</sup> Los especialistas en literatura encuentran dificultades para encuadrar estos escritos – baste consultar cualquier buen manual de Historia de la Literatura española – dentro de las clasificaciones más extendidas, llegando a hablar de ellas como infraliteratura, subliteratura, o incluso literatura de consumo que está ligada a una bajo nivel artístico, de tal forma que coinciden en negar la

naturaleza literaria de estos escritos y concederles “sólo” un valor periodístico.

<sup>18</sup> Su elevada difusión se constata fácilmente en la relación bibliográfica sobre ellas que recoge M. Agulló y Cobos, *Relaciones de sucesos, I: años 1477-1619*, C.S.I.C., Madrid, 1966. Cfr. también sobre este interesante tema, para el caso concreto del Mediterráneo, el estudio de Pierre Civil, *Las relaciones de batallas navales en el Mediterráneo (siglos XVI y XVII): estrategias narrativas*, en A. Paba (ed.), *Encuentro de civilizaciones (1500-1750): informar, narrar, celebrar*, Actas del tercer Coloquio Internacional sobre relaciones de sucesos (Cagliari, 5-8 de septiembre 2001), Universidad de Alcalá-Università degli Studi di Cagliari, Alcalá de Henares, 2003, pp. 105-116.

el hecho de que su presencia es bastante fugaz y con una escasa variedad en cuanto a sus planteamientos (las relaciones de sucesos sobre Lepanto eran extremadamente parecidas, sólo había pequeñas diferencias entre ellas, lo que indica que estaban copiadas de un mismo escrito común<sup>19</sup>), se quedan fuera también de un análisis como el nuestro. Un análisis basado en profundizar sobre la cultura de la guerra a través del impacto social que podían tener las informaciones y actitudes indirectas hacia la guerra que tenían las fuentes de naturaleza literaria.

Hemos dicho que, desde el punto de vista cuantitativo, el impacto de Lepanto fue impresionante. Se daban todos los ingredientes para que se llevaran a cabo, por ejemplo, magistrales poemas épicos: había una gran acción, de tonos casi universales, y un héroe gigantesco en la opinión generalizada europea. Sin embargo, no se puede decir lo mismo desde el punto de vista cualitativo. Salvo muy escasas excepciones – lo escrito de Ercilla sobre Lepanto es la más notoria de ellas – el tono de calidad literaria en general que predominó fue más bien mediocre, tendiendo a malo. Quizás fuera exagerada la opinión al respecto del italiano Mazzoni, que, hablando tanto de los poetas españoles como italianos, decía que los poemas sobre Lepanto eran cada uno peor que el otro<sup>20</sup>, pero, ciertamente, no se puede decir que haya grandes composiciones literarias con este tema de fondo, por lo menos, con la batalla como el escenario fundamental y protagonista del texto. Pero, incluso, tampoco nos afecta demasiado esta circunstancia para nuestro propósito. Porque, aunque fueran malas, la verdad de contenido que subyace en estas obras – pensando siempre en la conciencia del autor de que se está dirigiendo a un determinado público y que quiere colmar sus gustos – es realmente la base de nuestra utilización de la literatura como fuente histórica.

Se hace necesario buscar en los límites de la verosimilitud que el autor estaba “obligado” a guardar en sus escritos sobre estos temas (por encima incluso del antiguo precepto aristotélico generalista contenido en *La Poética* sobre la falta de interés que suscita lo que no es verosímil), para que nos acerque, aunque sea de una forma indirecta, a una determinada realidad histórica. En el caso de Lepanto,

<sup>19</sup> F.J. Campos y Fernández de Sevilla, *Cervantes, Lepanto y El Escorial (nueva interpretación de la Historiografía clásica sobre la relación existente entre la batalla naval y el monasterio, a la luz de los documentos de la época y del propio testimonio de Cervantes)*, en A. Bernat Vistarini (ed.), *Volver a Cervantes cit.*, t. I, pp. 3-24.

<sup>20</sup> G. Mazzoni, *La battaglia di Lepanto e la poesia politica nel secolo XVI, in La vita italiana nel Seicento*, 3 vols., t. II,

(*Letteratura*), Fratelli Treves, Milano, 1895, pp. 167-207. Una opinión que coincide, aunque en un tono más coloquial, con la respuesta que me dio un eminente y reconocido catedrático de literatura de mi facultad cuando le pregunté sobre su opinión, en cuanto a calidad literaria, del famoso poema épico *La Austriada*, de Juan Rufo. La respuesta fue muy significativa: «no hay quien aguante ese aluvión de alusiones patrioterías en este tipo de obras».

al existir tanta información sobre el tema de Lepanto en la sociedad española (no hay nada más que atender, como se ha visto, al impacto de las numerosas relaciones de sucesos que se hacen eco del tema), los poetas, además, no tuvieron mucho margen para apartarse de una inclinación hacia el realismo que es tan característico, en general, de las letras hispanas; lo que redundó a favor de una aproximación entre literatura, historia y también, como veremos, política. Los autores no se contentaron sólo con “cantar” las glorias de los españoles, sino que se inclinaron – quizás por esa tradición secular de la literatura española – hacia el realismo y la historicidad. Evidentemente, no con las armas metodológicas de los historiadores actuales, ni siquiera con los de entonces, sino exponiendo una serie de complejidades en el perfil del soldado español y sus acciones que le daban gran verosimilitud ante los lectores.

Hacían incluso algunos autores una pequeña declaración de intenciones en sus obras que recalca la idea de que habían querido ser fieles a la realidad, buscando ante todo la verdad histórica. Se convertían así en improvisados “historiadores”, pero, claro, según uno de los planteamientos más difundidos sobre estas cuestiones de los siglos XVI y XVII, que consideraba obra histórica aquella cuyo objetivo es decir la verdad (sin entrar en muchas más disquisiciones), mientras que la literatura es aquella que finge o inventa. Por supuesto, desde los planteamientos epistemológicos de la Historia actuales, especialmente los referidos al contraste de fuentes, no se puede considerar a estos autores como historiadores “de oficio” aunque su propósito fuera decir la verdad. Y, ni siquiera desde las perspectivas de su época, nos encontramos con historiógrafos de la talla de un Juan de Mariana o Cabrera de Córdoba, por mucho que se lo llegaran a creer. Si bien autores como Ercilla o Fernando de Herrera quieren ser fieles a la verdad, enseguida se les nota, especialmente en este último, su planteamiento ideológico pro-español<sup>21</sup> que les alejan de una pretendida objetividad que, por otra parte, hoy por hoy, ningún historiador serio considera como posible de alcanzar en su plenitud en ningún tema histórico. Pero incluso esto tampoco debe desesperarnos en nuestro objetivo de “buscar Historia” en la literatura. Como hemos dicho, había grandes complejidades en las obras literarias que nos hablan de unas verdades dentro de las mentiras<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> J. Montero, *Poesía e Historia en torno a Lepanto: el ejemplo de Fernando de Herrera, en Andalucía Moderna*, Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991), Junta Andalucía y Cajasur, Córdoba, 1995, t. III, pp. 283-289. Estando convencido Herrera de que su obra era realmente un libro de Historia, se le podría argumentar fácilmente en contra, sin embargo, muchas

cosas, como que no consultó fuentes turcas, por ejemplo; ni tampoco tuvo la suficiente perspectiva histórica.

<sup>22</sup> Obviamente, el juego de palabra procede del título de la ilustrativa y significativa obra de Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, con la que nos alineamos también plenamente (M. Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, Seix Barral, Barcelona, 1992).

Entre estas complejidades no era la menos importante, por ejemplo, la posibilidad de dar voz a los vencidos para dar mayor impresión de realismo al relato. Sólo tres muestras muy significativas de estos “guiños” al enemigo para dar mayor verosimilitud y carga de realidad al relato: la presencia, cargada de emociones sentimentales, de la voz de los moriscos en el *Amar después de la muerte o el Tuzaní de la Alpujarra*, de Calderón de la Barca; el detallado relato del heroísmo de los indios araucanos en *La Araucana*, de Ercilla; y, en el caso concreto de Lepanto, la presencia constante de los turcos y de sus razones para combatir en *La Santa Liga*, de Lope de Vega.

Había una información sobre los hechos militares y políticos que se situaba más cerca del dominio público, y que los autores estaban obligados a respetar, más o menos, en aras a guardar la necesaria verosimilitud. Así, abundando en el ejemplo de Herrera, se ha demostrado su rigor histórico en cuanto a los acontecimientos y los personajes que trata<sup>23</sup>. O, también, siguiendo con el de Ercilla, cómo éste es capaz de exponer con todo detalle la disposición de las fueras de la Santa Liga cuando se disponían a dar batalla en aquel famoso golfo griego. Un disposición que, incluso, no omitía la disposición de las fuerzas turcas:

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro/ va Siroco, virrey de Alejandria,/ con Meemeth Bey, corsario y gran maestro,/ que a Negroponto a la sazón regía:/ Ochalí, renegado, iba al siniestro/ con Carabey su hijo en compañía, y en medio en la batalla bien cerrada/ Alí, gran general de aquella armada<sup>24</sup>

Esto es ciertamente interesante, pero lo es mucho más para nuestra perspectiva de análisis, como veremos, aquellos “contenidos” de carácter socio-cultural que están incluidos en el texto literario, a los que poca o ninguna importancia prestaba el autor, porque formaban parte de su mundo real más próximo o de la propia concepción que él tenía de éste, en los que apenas han reparado los historiadores, y que nos revelan dimensiones históricas también muy importantes.

#### 4. La imagen de Lepanto como propaganda político-militar

La dimensión heroica de Lepanto es innegable, con una relación estrecha entre arte y literatura que sustenta todo un discurso épico formalizado<sup>25</sup>. Un discurso que ha acompañado a la visión del hecho

<sup>23</sup> M. G. Randel, *The Historical Prose of Fernando de Herrera*, Tamesis Books, Londres, 1971.

canto XXIV, p. 667.

<sup>24</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit.,

<sup>25</sup> M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional* cit., pp. 270-271.

incluso hasta tiempos recientes (para la visión de la historia “oficialista” del franquismo, Lepanto era el símbolo de la gloria eterna de toda una civilización, cuestión que ha obstaculizado durante mucho tiempo, por su “mala prensa historiográfica” los análisis más científicos del tema en España<sup>26</sup>). La idea de que Dios guiaba a los españoles para luchar por su causa, por el camino marcado por la Divina Providencia, es omnipresente<sup>27</sup> y absolutamente recurrente en la literatura sobre temas bélicos en el Siglo de Oro español<sup>28</sup>. Esto se manifiesta, con un discurso claramente instigado por el poder (que se favorece también claramente de él) en casi todos los frentes abiertos por la Monarquía, en donde se juega, en el campo de batalla, la causa de Dios<sup>29</sup>.

En el caso de la lucha contra los turcos, esta perspectiva es especialmente relevante, dentro del contexto de la nueva cruzada emprendida por los españoles. Los turcos eran, en este sentido, el “enemigo perfecto”, ya que las luchas contra ellos eran más trascendentes y universales, algo que pretendían los que tenían vocación de héroes en la España de la época, y que, por supuesto, era muy bien aprovechado por el poder. De hecho, era clara la inclinación de los españoles, desde la Edad Media, hacia las grandes hazañas de la religión, incluso por encima de su propia Reconquista. Los españoles habían preferido la lucha contra los turcos en las cruzadas que contra los musulmanes en su propio territorio, incluso por encima de que el Papa conminara a los españoles a no viajar a Jerusalén y luchar más bien contra el infiel en la Península. Esto último tal vez lo consideraron demasiado fútil ante la perspectiva oriental de la lucha sagrada, en la que se combatía nada menos que por el primer lugar santo de la Cristiandad, la tumba del propio Cristo<sup>30</sup>. Oriente, o lo que es lo mismo, la “empresa de Levante”, según

<sup>26</sup> En algunos sectores estas perspectivas todavía tienen mayor proyección. En ¡1979! se llegaba a decir a propósito de las batallas de Lepanto: «victoria insigne y no sólo por vencer al enemigo, sino por el modo de vencerle. Los nuestros, inferiores en número, fueron superiores en dos cosas: Dos valientes capitanes, uno invisible, que es Dios y otro visible que era Don Juan de Austria; superiores no sólo en los capitanes sino en la causa de la guerra: Cristo y la exaltación de su nombre. Este es el espíritu con que se fue a Lepanto, el espíritu con que se celebró la gloriosa batalla» (P. Sáinz Rodríguez, *La conciencia nacional de Lepanto a la Invencible*, F.U.E., Madrid, 1979, p. 8).

<sup>27</sup> Cfr., con respecto a su reflejo en los sermones, el trabajo de F. Negro, *Los*

*predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*, Actas, Madrid, 2006.

<sup>28</sup> R. Peinado Santaella, *Christo pelea por sus castellanos. El imaginario cristiano de la guerra de Granada*, en J. A. González Alcantud, M. Barrios Aguilera (eds.), *Las tomas. Antropología histórica de la ocupación territorial del reino de Granada*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 2000, pp. 453-524.

<sup>29</sup> Algo que tampoco es particular monopolio de la Monarquía Hispánica (cfr. G. Minois, *L'Église et la guerre. De la Bible à l'ère atomique*, Fayard, París, 1994).

<sup>30</sup> J. Flori, *La Guerra Santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente Cristiano*, Trotta, Madrid, 2003, p. 271 y ss.

decían los espíritus más eufóricos de los marinos y militares españoles que, dependiendo de los momentos favorables, querían llegar hasta las entrañas del Imperio Turco y tomar incluso Jerusalén<sup>31</sup>, siempre estuvo presente en las ambiciones – quizás quimeras – españolas.

Más allá del contexto concreto de Lepanto, sobre el que, como es natural, nos vamos a extender más abajo, la confrontación con los turcos fue un tema muy transitado, desde esta perspectiva mesiánica, por la literatura española. Por ejemplo, en 1582 se publica en Valencia el poema épico *La Maltea*, obra del caballero de la orden de San Juan Hipólito Sans, donde narra las gestas cristianas del Sitio de Malta de 1565. Más tarde se van multiplicando las obras que tratan la cuestión arquetípica del triunfo, por intercesión divina, de las armas españolas sobre el demonizado Islam. A partir de finales de siglo XVI se producen toda una serie de obras de este tipo, con la publicación de libros como *Las Navas de Tolosas* de Cristóbal de Mesa (1594)<sup>32</sup>, *La conquista de la Bética*, de Juan de la Cueva (1603), el *Oriolano* de Gaspar García Ortín (1608), y, sobre todo, *La Jerusalén conquistada* de Lope de Vega (1609). Esta celebrada obra del Fénix de los Ingenios clama por la conquista de los Santos Lugares, y se basa en la supuesta lucha conjunta de Alfonso VIII y Ricardo Corazón de León contra Saladino en la Tercera Cruzada y pone de relieve el paralelismo entre la Reconquista hispánica y la de los santos lugares<sup>33</sup>.

El compromiso claro de la Monarquía por esta empresa de todos a favor del cielo es puesto de manifiesto por los más excelsos autores. Y es en el reinado de Felipe II, y especialmente con ocasión del enfrentamiento con los turcos, como se expresan estas ideas con todo tipo de matices y con afán de llegar al mayor público posible. Lope de Vega, como autor que reconocería públicamente, como es sabido, que él escribía para el público porque este era quien le daba dinero, en su comedia *La Santa Liga*, transmite estas ideas, con afán de ser recibidas con agrado por sus “consumidores culturales”, cuando expresa con rotundidad que Pío V estimaba más a Felipe II que a los demás gobernantes de su época por su celo religioso. En concreto, el personaje del Soldado Rosales le dice al también soldado Carpio:

<sup>31</sup> Sobre la recurrente idea de la “Empresa de Levante”, cfr. D. y E. García Hernán, *Lepanto. El día después*, Actas, Madrid, 1999, p. 53 y ss.

<sup>32</sup> En 1607 este mismo autor publicada su *Restauración de España*, que tenía a la Virgen de Covadonga y a Don Pelayo como

protagonistas.

<sup>33</sup> P. García Martín, *La péñola y el acero. La idea de cruzada en la España del Siglo de Oro*, S & C Ediciones, Sevilla, 2004, p. 70. En esta obra se estudian y exponen varias de estas significativas obras de la poesía épica.

Ros. [...] / Y aunque Pio Quinto a todos los conuoca / sólo estima al católico  
Filipo / que su celo diuino le provoca: / este de Religión exemplo, y Tipo, /  
parece tanto a Pio en su justo zelo, / que por su semejança le anticipo, / fundó  
la Inquisición su claro abuelo, / y como el Papa Inquisidor ha sido, / ámale  
más que a príncipe del suelo.

Car. Verdad dezis por Dios, que no ha nacido, / Desde San Pedro Mártir,  
hombre que aya / A los Herejes tanto perseguido<sup>34</sup>.

La verosimilitud del contenido histórico de los versos es evidente y cabe la pregunta, ¿hasta dónde eran capaz de distinguir el público de la época entre lo que era exageración efectista teatral y lo que era verdad histórica? Mucho nos tememos que, con toda probabilidad, la inmensa mayoría de sus componentes no llegaran a tanto. La literatura así, en la representación de los contenidos que trata, se puede volver Historia ante la conciencia colectiva, habida cuenta de cómo es representada y asimilada por el receptor.

Por su parte, en la obra de Herrera Felipe II se presenta también como el modelo de gobernante comprometido claramente con la defensa de la Fe. Además, es evidente el sentido fuertemente patriótico de sus versos en sus odas y canciones. De ello son arquetipos su *Por la pérdida del Rey Don Sebastián*, y, más directamente entroncando con nuestro tema, la *Canción en alabanza de la divina Majestad, por la victoria del Señor don Juan*. En estas obras la lengua castellana adquiere claramente resonancias heroicas y un acento bíblico en el que se vierte el sentimiento patriótico reforzado por el religioso. De esta forma, Herrera interpreta Lepanto en sus obras como una ocasión única de vuelta a los antiguos tiempos heroicos, dentro de una concepción mesiánica de la Historia<sup>35</sup>.

Ercilla transmite también vivamente en sus versos la idea de que Lepanto ha sido la más importante ocasión heroica de la Historia:

Mas si quieres saber de esta jornada / el futuro suceso nunca oído, / y la  
cosa más grande y señalada / que jamás en historia se ha leído [...] <sup>36</sup>.

¿Quién bastará a contar los escuadrones / Y el número copioso de galeras, /  
la multitud y mezcla de naciones, / estandartes, enseñas y banderas, / las  
defensas, pertrechos, municiones, / las diferencias de armas y maneras /  
máquinas, artificios, instrumentos, / aparatos, divisas y ornamentos?

Vi corvatos, dalmacios, esclavones, / búlgaros, albaneses, transilvanos, /  
tártaros, tracios, griegos, macedones, / turcos, lidios, armenios, georgianos, /  
sirios, árabes, lidios, licaones, / numidas, sarracenos, africanos, / jenízaros,  
sanjacos, capitanes, / chaucees, behelerveyes y bajanes.

<sup>34</sup> Lope de Vega, *La Santa Liga...*, en *Lepanto: el ejemplo de Fernando de Herrera* cit., pp. 283-289.  
*Lope de Vega Carpio*, Madrid, 1621, acto II, fols. 108v.-109r.

<sup>36</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit., canto XVIII, p. 536.

<sup>35</sup> J. Montero, *Poesía e Historia en torno a*

Vi allí también de la nación de España/ a flor de juventud y gallardía,/ la nobleza de Italia y de Alemania,/ una audaz y bizarra compañía [...]»<sup>37</sup>.

La trascendencia universal de Lepanto, considerada como un punto de inflexión en la Historia al estilo clásico, se ve también con claridad en los versos de Mal Lara describiendo la galera real de Don Juan de Austria cuando al final de su obra hace esta exhortación en octavas reales:

Con estas lumbres, estos resplandores,/ navegará tu armada en armas puesta,/ para quitar de Europa los dolores,/ que Asia suele dar y África presta,/ conozcan en tinieblas los dolores/ de la Cristiana Liga que se apresta/ ínclito general, hijo de Carlo,/ y el esfuerzo tú solo podrás darlo»<sup>38</sup>.

Son sólo tres ejemplos (luego veremos algunos más) en que Lepanto se tiende a ver como un hecho trascendente entre civilizaciones (en el que se impone el orden de una civilización frente a la barbarie de otra), y se establece un paralelismo con otro hecho parecido en ese contexto como fue la batalla de Actium narrada por Virgilio. Autores de nuestros días como Quint y Vila i Tomás han llamado la atención sobre ese modelo clásico en la épica de Lepanto<sup>39</sup>. Así, la tradición literaria clásica, sobre todo en lo que se refiere al arquetipo de la *Eneida* de Virgilio, va a ser considerado como el modelo por excelencia de la épica. A partir de este modelo se va a desarrollar la tradición épica de los siglos modernos españoles. La idea de poder por ligarla al mito imperial creado por Virgilio, que se aplica a hora a la nueva causa imperial española con un sentido trascendente de la Historia, está en el fondo del contenido de todas estas obras, sirviendo pues el modelo latino como cauce de expresión de esta relación íntima entre literatura, circunstancias políticas contextuales e Historia. Este mito imperial servirá para ofrecer una imagen simbólica del poder político. En concreto, este prisma de interpretación, demostrado en general para la poesía épica del periodo, lo utiliza también Vilá y Tomás para Lepanto en el análisis que hace de la clásica obra de Jerónimo Corte-Real<sup>40</sup>. De esta forma, Lepanto, con esta alianza “metodológica” de los clásicos latinos, se presenta claramente ante la opinión pública como «un hito imperial vinculado al curso y fin de la Historia»<sup>41</sup>.

<sup>37</sup> Ivi, canto XXIV, pp. 658-659.

<sup>38</sup> J. de Mal-Lara, *Descripción de la galera real del Serenísimo señor D. Juan de Austria*, Sevilla, 1876, t. I, p. 535.

<sup>39</sup> D. Quint, *Epic and Empire*, «Comparative Literature», vol. 41 (1989), n. 1, pp. 1-32; L. Vilá i Tomás, *Épica e Imperio: imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI*, Tesis doctoral,

Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.

<sup>40</sup> L. Vilá i Tomás, *Actium y Lepanto en la épica española del XVI: la Felicísima Victoria de Jerónimo Corte Real*, «Salina: revista de lletres», n. 18 (2004), pp. 75-90.

<sup>41</sup> M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional* cit., p. 282.

Pero, una vez más, otra pregunta que apunta en la misma dirección que la formulada anteriormente: ¿Hasta qué punto los gobernantes españoles se creían de verdad que su misión era una misión verdaderamente divina? ¿Cuál era el grado de propaganda consciente y cuál el de sincero convencimiento ante estas posibilidades que se presentaban? ¿Dudaron de esto en algún momento en su vida interior? Evidentemente, estas son cuestiones que no llegaremos a saber nunca con certeza (no habrá planteamiento metodológico historiográfico que pueda adentrarse en la mente y en los pensamientos más íntimos ni de los personajes trascendentes de la Historia ni de ninguno otro). Lo que sí está meridianamente claro es que aprovecharon, como es natural, todos estos vientos favorables para consolidar y, si fuera posible, aumentar su posición. Cuesta creer en una campaña orquestada meticulosamente por el poder para controlar y encauzar toda esta catarata de escritos épico-imperiales (por la complejidad de la tarea, y también porque se podía volver en su contra cuando los planteamientos no fueran lo suficientemente verosímiles<sup>42</sup>). Pero no cabe duda de que aprovecharon – no podía ser de otra forma – las posibilidades propagandísticas que se presentaron y las impulsaron cuanto pudieron. Felipe II le hizo merced a Ercilla del hábito de Santiago al año siguiente de la publicación de su *Araucana*. Igualmente, cuando en 1578 Juan Rufo publicó la primera parte de su *Austriada*, el mismo monarca le recompensó con la fabulosa cifra, para un escritor, de 500 ducados.

Este mecanismo funcionaba perfecta y simbióticamente, insistimos, cuando estas posibilidades propagandísticas se ajustaban a unos gustos del público que estaban claramente en función de la verosimilitud de los contenidos. De tal forma que en la coyuntura militar mucho menos favorable del siglo XVII, el tema de las armas y la exaltación del heroísmo, tan típico de la centuria anterior, va desapareciendo sensiblemente. En su lugar encontramos o la sátira y la denuncia política del mal gobierno, o, también, una poesía puramente ornamental de panegíricos: adulación del rey y las personas reales o a los grandes señores<sup>43</sup>.

## 5. Mensajes para los gustos del público

Lepanto fue una ocasión única para que, escritores de toda condición y género literario conectaran al máximo con el público, en un tema de gran acogida, y, en estas condiciones favorables, estuvieran con ello más próximo para conseguir el objetivo de todo escritor: ser leído.

<sup>42</sup> J. H. Elliott, *Poderes y propaganda en la España de Felipe IV*, en *Homenaje a José Antonio Maravall*, Centro de Investigaciones

Sociológicas, Madrid, 1985, t. II, pp. 15-42.

<sup>43</sup> A. del Río, *Historia de la Literatura española*, Gredos, Madrid, 2011, vol. I, p. 483.

Muchos se ocuparon de un tema de tanta actualidad y trascendencia como Lepanto para asegurarse el interés de los lectores<sup>44</sup>, sobre todo de los que no quedaban satisfechos con la información vertida en los pliegos sueltos que relataban lo que había ocurrido en tan renombrado acontecimiento. Era también la ocasión perfecta para los humanistas de la época de aparecer en la vanguardia de las letras. Por supuesto, los que tomaron parte en el combate, tuvieron en esto, gran ventaja. Más allá del archiconocido caso de Cervantes, tenemos, por ejemplo, el del capitán Cristóbal de Virués (1550-1609), que insertó un égloga sobre la “batalla naval” en su *Historia del Monserrate*, donde, textualmente, llega a decir: «Oh si así como vi la gran batalla/ Supiera describilla yo y cantalla»<sup>45</sup>.

Son legión los soldados que escriben sobre los hechos militares sabedores de que despiertan gran interés sobre el público. El propio Cervantes muestra constantemente en sus obras episodios bélicos. Además de los pasajes más conocidos del Quijote, las armas están presentes en el desarrollo de la vida de Tomás Rodaja, el *Licenciado Vidriera*, en las irónicas quejas del soldado fanfarrón en *La guarda cuidadosa*, y en el apuesto y galante protagonista masculino de *La española inglesa*. En las comedias de Lope, que, como es sabido, llegó a participar en la Armada contra Inglaterra, es abundantísima e importantísima su producción épica, con un protagonismo de las armas mezclado con una inspiración nacional y sentido histórico popular. Tomaba como fuentes las Crónicas y el Romancero, y llevaba al papel, y luego a las tablas, casi infinitos temas heroicos de la Historia de España, desde el rey Wamba, pasando por Fernán González o El Cid, hasta las obras sobre acontecimientos bien vivos en la mente del público al que iban dirigidos: *Carlos V en Francia*, *el Brasil restituído*, *El cerco de Viena...* Reseñable para nuestro propósito es que, con relación a Lepanto, se puede ver en su pluma la proyección tan importante que tuvo el hecho histórico. *La Santa Liga* y *Don Juan, Don Juan de Austria en Flandes*, son buena muestra de ello. Por su parte, Vélez de Guevara, que hacía constantemente incursiones en temas y personajes históricos (por supuesto, en *El diablo cojuelo*, pero también en *La Serrana de la Vera*, por ejemplo), también quiso poner de relieve el resultado de la unión entre su propia experiencia militar y las excelencias de su pluma escribiendo su obra de teatro *El águila del*

<sup>44</sup> Como hizo, por ejemplo, Fernando de Herrera (cfr. J. Montero, *Fernando de Herrera, “Relación de la guerra de Cipre y sucesso de la batalla naval de Lepanto” (Sevilla, 1572): dos ediciones*”, en P. Bolaños Donoso, A. Domínguez Guzmán, M. de los Reyes Peña (coords.), “*Geh hin*

*und lerne*”. *Homenaje al profesor Klaus Wagner*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 2007, vol. I, pp. 339-353).

<sup>45</sup> Cristóbal de Virués, *El Monserrate*; cito por la edición de Madrid de 1945 (T. XVII de la BAE), p. 515.

*agua y batalla naval de Lepanto*, en la que ensalza la figura de Don Juan de Austria y los hechos de la memorable batalla.

Más cercano, desde el punto de vista cronológico, a los hechos, Fernando de Herrera quiso llegar en su *Relación de la Guerra de Chipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* a la mayor parte de público posible; de hecho, como se ha descubierto recientemente, la obra tuvo más de una edición en un periodo de tiempo extraordinariamente breve. Ya el título pudiera desvelar que estaba esencialmente dirigida a un público más amplio que el habitual lector de poesía culta. Juan Montero ha afirmado que, con gran probabilidad, en el año de 1572 tuvieron lugar (no como se creía hasta entonces) dos ediciones diferentes, aunque salidas del mismo taller. La segunda edición fue revisada y mejorada en algunos aspectos, y es muy probable que viera la luz en Octubre de 1572, cuando se cumplía un año de la batalla<sup>46</sup>.

Para Cervantes, Lepanto significaba lo más importante que había pasado en su vida, complementado con sus terribles episodios de Argel; y esta experiencia vital se tenía que mostrar de alguna manera en su literatura<sup>47</sup>. Sin embargo, a pesar de hacer referencia de una forma indirecta a aquella batalla en muchas de sus obras (especialmente, en el *Quijote*, con la larga historia del cautivo), no aborda el tema de una manera directa (por lo menos, tal y como podía esperarse en un principio) salvo una obra de teatro, que no ha llegado hasta nosotros, titulada *La batalla naval*<sup>48</sup>. La explicación que se ha dado hace poco sobre este llamativo hecho pasa por la consideración de que en realidad Cervantes no necesitaba hacerse publicidad en este sentido y, de hacerla, podría ser contraproducente. Ya el famoso manco ponía en boca del cautivo que los hechos verdaderamente grandes no necesitaban monumentos materiales, no teniendo necesidad de quien lo conmemore ni quien lo imite. Y, en su vida real, habría aplicado también Cervantes esta máxima<sup>49</sup>.

Pero estos son los grandes niveles de la literatura. Descendamos un poco y pongamos nuestra atención sobre obras no tan señaladas; y

<sup>46</sup> Para Montero, «no es imposible que la edición se agotase o casi en pocas semanas, dando pie así a la realización de otra antes de finalizar el año; pero tampoco puede descartarse que esa segunda se llevase a cabo en los primeros meses de 1573, y que el impreso mantuviese, por motivos prácticos, el pie de imprenta de 1572. Aunque lo habitual era lo contrario, como le pasó al *Quijote* a finales de 1604, quizá esta vez convenía mantener en la portada una fecha más próxima a los hechos relatados» (J. Montero, *Fernando de Herrera, "Relación de la guerra de Cipre y*

*suceso de la batalla naval de Lepanto" (Sevilla, 1572): dos ediciones cit.*, p. 351).

<sup>47</sup> Sobre la experiencia del sufrimiento físico vivido por Cervantes y su reflejo en la literatura ha escrito hace poco Joseph V. Ricapito, *Cervantes, Lepanto, el cuerpo y el sufrimiento físico*, en A. Bernat Vistarini (ed.), *Volver a Cervantes cit.*, t. I, pp. 53-63.

<sup>48</sup> P. Sainz Rodríguez, *La conciencia nacional de Lepanto a la Invencible*, F.U.E., Madrid, 1979, pp. 8-9.

<sup>49</sup> M. Malcom Gaylord, *El Lepanto intercalado de Don Quijote*, en A. Bernat Vistarini (ed.), *Volver a Cervantes cit.*, t. I, pp. 25-36.

acercuémonos al contexto histórico-cultural que las vio nacer. Es claramente perceptible que, asumiendo las posibilidades de promoción que suponía Lepanto, se hicieron muchos esfuerzos según los caminos más transitados de la época – y no sé si también de ahora – para intentar llevar a cabo escaladas en las carreras literarias a través de las relaciones clientelares y lo que, más coloquialmente, llamamos el “compadreo”. Uno de los ejemplos más característicos de lo que estamos diciendo es el caso de *La Austriada*, que tuvo tal éxito que en tres años alcanzó tres ediciones: Madrid, 1584; Toledo, 1585; Alcalá, 1586. Sin embargo, tal y como ya recogía Menéndez Pelayo, la calidad literaria de la obra dejaba mucho que desear. Para el erudito autor de los *Heterodoxos*, algunas estrofas de este extenso poema «no tienen más poesía que el metro» y su éxito se debía a que Rufo era amigo íntimo de los personajes que aparecían en la dedicatoria de su libro y a la crítica complaciente de Cervantes<sup>50</sup>. Por su parte, Pfandl, quien decía que Rufo no había nacido para poeta épico, reconocía que era probable que a los contemporáneos les interesara especialmente la obra «por su actualidad y contenido patriótico» pero también llamaba la atención sobre su falta de calidad y el hecho de ser en realidad un plagio<sup>51</sup>. Sin embargo, en la onda patriótica que hacía aparecer al poema como muestra de una bella causa (Góngora decía del cometido de Juan Rufo que «la causa es bella»), y también muy probablemente en la mecánica de favores y agradecimientos de intrincadas relaciones clientelares, Cervantes dedicó un soneto a *La Austriada*<sup>52</sup> y el propio Góngora se atrevió nada menos que a comparar los méritos de Juan Rufo con los de Don Juan:

Cantaste, oh Rufo, tan heroicamente/  
de aquel César novel la ilustre  
historia,/  
que está dudosa entre los dos la gloria,/  
y a cual se deba dar  
ninguno siente,/  
Y así la fama que hoy de gente en gente/  
quiere que de los  
dos la igual memoria/  
del tiempo y del olvido haga victoria,/  
ciñe del lauro a  
cada cual la frente,/  
Debéis con gran razón ser igualados,/  
pues fuisteis cada  
cual único en su arte:/  
él solo en armas, vos en letras solo;/  
y al fin ambos  
igualmente ayudados:/  
él de la espada del sangriento Marte,/  
vos de la lira del  
dorado Apolo<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> M. Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, C.S.I.C., Madrid, 1949, t. VI, pp. 148 y ss.

<sup>51</sup> L. Pfandl, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Suc. de Juan Gili, Barcelona, 1933, p. 147. Otros muchos autores e historiadores de la literatura han criticado la falta de talento en los versos de Rufo y la ausencia de la unidad de acción, pero, también han recogido, que «fue tan del agrado del público que en tres años se hicieron tres ediciones.... aunque en este éxito influyera

la grandeza de los hechos narrados, el interés de lo contemporáneo y el sentimiento patriótico» (J. Hurtado y Jiménez de la Serna, A. González Palencia, *Historia de la literatura española*, Saeta, Madrid, 1943, p. 335).

<sup>52</sup> Cfr. E. Cotarelo y Mori, *Ejemplares Cervantinas*, Tip. de la Revista de archivos, Madrid, 1905, p. 107.

<sup>53</sup> *Poesías de Don Luis de Góngora y Argote*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1966, t. XXXII, p. 427.

Otros ejemplos de esta aparente contradicción entre calidad y éxito literario lo tenemos en el teatro. Bien es cierto que no hay grandes obras de teatro sobre el asunto (sólo interesantes alusiones indirectas en distintas comedias) porque el tema, como es lógico, se prestaba poco a la representación teatral. Sin embargo tuvo gran éxito en su tiempo, a pesar de su pésima calidad, la representación de la obra de teatro de Antonio Mallá de Brignole (que se decía amigo de don Juan de Austria), *La batalla de Lepanto*, mientras que su autor será posteriormente insignificante para la Historia de la Literatura. Se representó con un éxito extraordinario durante 14 noches en el teatro de Novedades de Madrid<sup>54</sup>. En algunas estrofas, sólo por la rima podemos darnos cuenta de que en realidad estamos una composición de versos. El tono patriótico exagerado y, sobre todo, excesivamente simple se ve en la intervención final de Don Juan de Austria, que recitaba:

Bellas damas y célebres guerreros,/ todos y tú también rey de Castilla,  
las rodillas doblad y los aceros,/ que en presencia de Dios todo se humilla./  
Démosle gracias nobles y pecheros/ Pues de la gloria el sol limpio brilla;/  
Hoy ni una nube nuestro honor empaña./ ¡¡Gloria a Dios, gloria al trono, gloria a España!!<sup>55</sup>.

Ciertamente, hay que estar muy metido en la corriente dominante del momento para juzgar estos versos como literariamente buenos... Pero, de lo que no cabe duda, es que conectaban con los gustos de un público enardecido por las hazañas de su Monarquía...

De gran éxito también, aunque de muy distinto signo en cuanto a su calidad literaria, es la inserción que hace Ercilla (a quien se le ha llamado el Homero de España), en su célebre *La Araucana*, de los versos dedicados al tema de Lepanto (casi mil). Esta importante extensión junto con el hecho de no haber podido reprimir el autor el insertar esta epopeya en una temática, si bien de la acción exterior de la monarquía, bastante diferente (miles de kilómetros diferente), nos hablan, una vez más, del innegable atractivo que suscitaba el tema entre los literatos y el público, en una relación dialéctica que se alimentaba sí misma. El también soldado Ercilla pudo conocer en su vida el dulce sabor del éxito del público y, como hemos mencionado más arriba, de las recompensas que venían desde el poder. Sólo en este caso de coincidencia entre éxito momentáneo y calidad literaria, podemos hablar de una obra de gran renombre centrada en el bélico tema que nos ocupa.

Pero, claro, como estamos viendo, ante el aluvión de escritos y escritores oportunistas que aprovecharon el tema para su promoción personal, como es natural, la mayoría no pasaron de ser opúsculos

<sup>54</sup> J. López de Toro, *Los poetas de Lepanto* cit., pp. 44 y ss.

<sup>55</sup> [B]iblioteca [N]acional de [E]spaña, mss. 2385.

mediocres que traemos aquí, lógicamente, sólo por su significación historiográfica. Por ejemplo, la obra en latín, ya citada, de Jerónimo Corte Real sobre la *Felicísima Victoria*<sup>56</sup> es de baja calidad, aunque merced a los apoyos con que contó el autor<sup>57</sup>, y, una vez más, la trascendencia del tema, llegó a tener cierto eco; de hecho, fue también muy honrado y distinguido por Felipe II. Otras muestras de la mediocridad que en general rodeó a este tema desde el punto de vista literario las tenemos en la desaparecida obra de Pedro de Acosta *Cantos de la batalla Ausonia* y en la de Pedro Manrique, titulada *La naval*<sup>58</sup>.

Pero, entre este aluvión de obras mediocres con marcado carácter oportunista, queremos destacar aquí el manuscrito – nunca llegó a publicarse – de un preceptor de gramática en las Indias, que, por supuesto, adolecía de un apreciable nivel literario, pero que también es una significativa muestra, tanto de las oportunidades que podía brindar Lepanto, como de que, sin los apoyos suficientes, ni siquiera el atractivo del tema pudo hacer triunfar las pretensiones de su autor. Éste, Francisco de Pedrosa, exponía en un memorial dirigido a Felipe II, su voluntad de que la Monarquía patrocinara su publicación, dando motivos “patrióticos” para ello: «suplico a VM sea servido de mandar imprimir esta obra, pues en ella se celebra y eterniza el gran nombre y grandeza de VM y es aumento de vuestra Real corona y provecho de vuestros reinos y vasallos». También le indicaba al monarca las utilidades pro-monárquicas de su obra, aludiendo al tema que ya hemos mencionado de la épica virgiliana aplicada al Imperio Español: «pues en los estudios puede servir en un Vergilio cristiano»; y, por supuesto, pidiendo ya recompensas por su trabajo: «y si saliese cual yo deseo, a Vm. suplico me mande VM hacer alguna merced»<sup>59</sup>. El autor no tenía demasiada notoriedad ni reconocimiento profesional (no llegó más allá de preceptor de gramática en la catedral de Guatemala) y todo parece indicar que tampoco tuvo en la corte los apoyos necesarios. A pesar de ser el poema más largo sobre Lepanto, escrito en 1580 y presentada al monarca en 1583, tan sólo se conserva hoy en un manuscrito de la Biblioteca Nacional<sup>60</sup>. El mero hecho de que en el poema se incluyeran algunos sonetos de allegados suyos y ¡de sus propios discípulos! alabando la calidad de su obra, ya nos habla de la falta a favor de esa ausencia de los círculos clientelares que, como hemos visto, sí pudieron conseguir otros muchos contemporáneos con la

<sup>56</sup> Jerónimo Corte Real, *Felicísima Victoria concedida del cielo al señor don Juan de Austria en el golfo de Lepanto*, Edición y estudio introductorio de Lara Vilà, Recurso electrónico, Vigo, 2006 (primera edición de Lisboa, 1578).

<sup>57</sup> J. López de Toro, *Los poetas de Lepanto*

cit., p. 100.

<sup>58</sup> M. Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* cit., t. VI, p. 149.

<sup>59</sup> [Colección de documentos inéditos para la historia de España, t. III, Madrid, 1843, pp. 289 y ss.

<sup>60</sup> BNE, mss. 3960.

excusa de Lepanto. Resulta un tanto patético leer los versos que le dedica en su propia obra su discípulo Pedro de Salazar Carrillo, quien escribe «a la real villa de Madrid, por su famoso poeta Francisco de Pedrosa [...]». «Real Madrid, que un hijo procreaste/ que'el orbe nuevo ilustrar y enriquece/ con alto ingenio y tan florido engaste/ que'alla por el tu claro nombre [...]»<sup>61</sup>.

A todo esto habría que añadir la torpeza con que se desenvuelve Pedrosa para promocionar su obra sobre Lepanto, que además de la utilización de la “ayuda” de sus discípulos, pedía merced al rey porque, siendo clérigo, tenía muchos hijos, además de tener que exponer su propia trayectoria vital en su obra para darse a conocer. Por si fuera poco, llega a terminar su obra con un elogio a los dos hijos de Carlos V poniéndolos en el mismo nivel de comparación (lo que, “indudablemente,” debió gustar mucho a Felipe II si llegó algún día leerlo...): «Patri soboles similis generoso/ Ioanes clarus sol, clarus solque Philippus,/ Anchora, spes fidei Christi, nova gloria saeculi»<sup>62</sup>.

## 6. Guños al lector-espectador

Entramos ahora en una perspectiva de nuestro estudio que permite calibrar con mayor concreción ese interés de conexión de los autores con el público al que van dirigidas sus obras. Había algunos golpes de efecto que – ellos lo sabían perfectamente – resultaban extraordinariamente interesantes en este sentido. Independientemente de que una obra estuviera encuadrada en un determinado género, abundan extraordinariamente las alusiones a gusto del público a la cultura de la guerra, de uno u otro modo, en toda la literatura de la época.

Por supuesto, el recurrido tema del atractivo que para las mujeres “enemigas” tenían los soldados españoles es un recurso de atracción del público bastante transitado por los autores. Los significativos versos de Lope de Vega puestos en boca de la flamenca Aynora en *El asalto de Mástrique* dan buena cuenta de ello:

En viendo algún español/ se me va el alma tras él,/que me parece que dél/ salen los rayos del sol,/ y este, por mi vida, es tal,/ de tal gracia, talle y brío,/ que diera por velle mío/ una corona imperial./ ¡Qué bien se pone el sombrero!/ ¡Qué gallardo asienta el pie!/ Pues, si le hablo, yo sé/ Que dirá que es caballero./ No hay cosa que le esté mal,/ ¡qué bien puesta espada y daga!/ pues, ¿qué le diré que haga,/ que no vuele a un ave igual?/ Saben amar con regalos,/ y ya tan diestros están,/ que de cuando en cuando dan,/ con los regalos los palos./¡Oh bizzarría española!<sup>63</sup>.

<sup>61</sup> Ibidem.

<sup>62</sup> Ibidem.

<sup>63</sup> Lope de Vega, *El asalto de Mástrique*,

Estudio preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo, B.A.E. Madrid, 1969, acto I, p. 13.

Por su parte, Cervantes en *La española inglesa*, nos narra que las damas de la corte llegan a expresar con los más vivos colores “la hermosura de la guerra” en la apostura del soldado protagonista español Ricaredo:

- Ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mujeres parecen bien los hombres armados.

- ¿Y cómo si parecen? – respondió la señora Tansi – ; si no, mirad, a Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado a la tierra y en aquel hábito va caminando por la calle<sup>64</sup>.

Este atractivo de la figura del soldado hacia las damas parece también en un curioso e interesante episodio de la famosa autobiografía del capitán *Alonso de Contreras*. Después de un acto de bravuconería en la putería de Córdoba (había herido en una riña a un alguacil), una viuda de la ciudad quiere tener una entrevista con él para hablarle de amores por – se entiende ese osado arrojo – muy típico del personaje del soldado – que había mostrado en el lance<sup>65</sup>.

Pues bien, el propio Cervantes, en boca del cautivo se expresa con esas mismas intenciones dentro del contexto del enfrentamiento hispano turco:

Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto; y, como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse a los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaba; antes, luego cuando su padre vio que venía, y de espacio, la llamó y mandó que llegase<sup>66</sup>.

Algo que se puede relacionar con la superior belleza de las mujeres cristianas frente a las musulmanas que pretende mostrar Cervantes también en boca del cautivo:

...la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen a ventura, porque las estiman en más que las de su nación<sup>67</sup>.

La grandeza imperial de España es otro de los temas que más atraen a los lectores-espectadores, que ven en la superioridad que se

<sup>64</sup> M. de Cervantes Saavedra, *La Española inglesa* (novela bizantina con primera edición en 1613); cito por la edición de Madrid, 1991, pp. 29-30.

<sup>65</sup> A. de Contreras, *Discurso de mi vida*; cito por la edición de Madrid, 2005, cap.

6, pp. 54-56.

<sup>66</sup> M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* cit., I parte, p. 217.

<sup>67</sup> Ivi, p. 213.

muestra de lo español un motivo para sentirse orgullosos y considerarse más identificados con “su” autor. Hay constantes guiños en este sentido en todos los géneros, desde el efectismo del teatro hasta el sentimiento glorioso de la poesía épica. Por ejemplo, se puede ver grandes dosis de la grandeza imperial de España expuesta por Don Juan de Austria ante los otros mandos de la Liga a través de los versos de Lope de Vega en *La Santa Liga*:

Hijo soy del gran Carlos Quinto,/ cuyo brazo le muestra en la campaña,/ del Herege, y el Moro en sangre tinto./ Hermano de Filipe Rey de España,/ que llaman Salomón tantas naciones,/ quantas el sol caliente y el mar baña./ Ha puesto hasta la China tus pendones,/ con sangre de españoles riega a Flandes,/ sólo por ablandar sus coraçones./ Pues un hombre señor, que de tan grandes/ columnas de tu Fe santa procede,/ bien es que del te sirvas, y que mandes/ que el bárbaro a sus pies rendido quede<sup>68</sup>.

Por su parte, en los encendidos versos de Ercilla se puede ver constantemente el ensalzamiento del valor y el heroísmo de los españoles, por encima de cualquier otra nación, además de su recurrente espíritu caballeresco. Cuando se habla del socorro de Malta, se hace más que obvio el poder militar español empleado en una noble causa:

Pues con sola una parte de su armada/ Y número pequeño de soldados,/ De su fortuna y crédito guiada,/ Rebatirá los otomanos hados:/ Y la afligida Malta restaurada,/ Serán los enemigos retirados,/ Las fugitivas velas dando al viento/ Con pérdida increíble y escarmiento<sup>69</sup>.

Y todavía se va más allá. Herrera utiliza la *Relación de la guerra de Cipro...* para refutar los ataques lanzados contra España por parte de los italianos sobre la inferioridad de sus letras y, a la vez, para, en un proceso similar al *Antijovio*, que la imagen de España ante el extranjero vaya de la mano con los hechos sobresalientes de los españoles, dado que hasta a ese momento, los escritores españoles no habían sabido dar a conocer bien las “excelencias” de esos hechos. El poeta sevillano pretendía que «por fin las armas y las letras españolas vayan a una misma gloriosa altura»<sup>70</sup>. La idea de la superioridad de los españoles, basada en gran medida sobre la superioridad de su causa es pues una constante en la literatura de esta época, y, desde luego, con Lepanto llega a su cénit.

<sup>68</sup> Lope de Vega, *La Santa Liga* cit., acto III, fol. 112v.

<sup>69</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit., canto XVIII, p. 531.

<sup>70</sup> J. Montero, *Poesía e Historia en torno a Lepanto: el ejemplo de Fernando de Herrera* cit., pp. 283-289.

Otro tema que es recurrente en este tipo de literatura es la introducción en el texto de personajes reales, de carne y hueso, que no sólo aportan verosimilitud al relato, sino que atraen al público porque los sienten más próximos. Desde luego, para el caso de Lepanto, el ejemplo de Don Juan, revestido de una aureola de héroe que se confunde con los grandes héroes literarios como Ulises o El Cid es paradigmático en este sentido. Tanto en *La Austriada*, de Juan Rufo, como en la *Felicísima Victoria*, de Jerónimo Corte Real, por ejemplo, a Don Juan se le considera como un héroe moderno de estirpe real. Un héroe que se elevaba hasta la categoría de mito, no sólo con su gran victoria, sino con su propia apostura física – ya hemos visto el valor de lo físico también como tema de atracción al público – y sus actos en Messina, cuyos ecos dieron la vuelta al mundo. Entre ellos, la donación que hizo de 30.000 escudos al hospital de la Armada para el cuidado de los heridos, la impresionante estatua de bronce que se levantaría allí por suscripción popular, y también, cómo no, el hecho – muy comentado en aquellos ambientes absolutamente “machistas” de la época – de que tuvo la posibilidad de elegir entre los cientos de pomposas y acicaladas damas<sup>71</sup> que querían tener el morboso honor de haber yacido, con el que, como San Jorge y el Dragón, había desbaratado al monstruo otomano.

El halo de héroe invencible que llega a tomar Don Juan se multiplica en los escritos que tienen a su figura como protagonista. En la *Alabanza* de Herrera, se dice textualmente: «Mas después q'aparece/ el Ioven d'Austria en la enriscada sierra,/ frío miedo entorpece/ al rebelde, i lo atierra/ con espanto i con muerte la impía guerra»<sup>72</sup>.

Los autores ponen de manifiesto que, ya desde su juventud, Don Juan tenía auténtica madera de héroe:

Andará, como digo, disfrazado,/ hasta que el padre al tiempo de la muerte/  
le dejará por hijo declarado,/ subiéndole en un punto a tanta suerte;/ será de  
todos con razón arpadado,/ franco, esforzado, valeroso y fuerte;/ es su nombre  
don Juan, y en esta parte/ no puedo más decir ni revelarte<sup>73</sup>.

Y, cual moderno Cid, se trasmite también claramente que hasta los turcos respetan la aureola de héroe de Don Juan de Austria, como recoge Lope en *Los españoles en Flandes* en una conversación entre Rodrigo Pimentel y Octavio Gonzaga:

<sup>71</sup> H. Bicheno, *La batalla de Lepanto*, Ariel, Barcelona, 2005, p. 294.

<sup>72</sup> Fernando de Herrera, *Alabanza de la Don Juan de Austria*, en J.M. Blecua (ed.), *Fernando de Herrera. Obra poética*, Anejo

XXXII del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1975, vol. I, p. 370.

<sup>73</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit., canto XVIII, p. 533.

Rod. Que tenga otro sentido, o no le tenga,/ yo digo, que fue yerro, y mui notable/ a su Alteza dexar en el gouierno/ de Flandes, como está, sin españoles,/ que mientras ellos por aquí vivuían/ con menos libertades nos tratauan,/ ya que de nosotros, que en fin somos/ criados de tu casa pretendieran/ tomar vengança, aunque vengaça injusta,/ porque se han de atreuer, como se atreuen/ al sosiego, a la vida de su Alteza/ guierno suyo, y de us rey hermano?

Oct. Don Rodrigo no más que tratar desto/ Quiebra los coraçones que le aman.

Rod. Ay Octauio Gonzaga, que no puedo/ Llegado a ver la mansedumbre suya,/ La virtud, la bondad, la cortesía,/ Con que es amado de naciones tantas,/ Que hasta los mismos turcos le respetan./ Dexar de arderme en cólera y enojo.

Oct. Teney's razón, que apenas los poetas/ De Ulisses escriuieron en veinte años./ Tantos trabajos entre monstruos fieros,/ Arrojado del mar en islas bárbaras./ Como en los pocos que ha viuido en Flandes/ Este chritiano, y generoso príncipe

D. Juan. Señor duque y marqués, si todos fueran/ En Flandes como vuestras señorías/ Tan seruidores de su rey, yo creo,/ Que pudiera vivir seguro en Flandes./ Yo he escrito a España, la verdad os digo/ El peligro en que estoy, y por momentos/ Espero aquí los españoles mismo,/ Que salieron de todos los estados./ Porque Su Majestad ya tiene escrito/ Al Marqués de Ayamonte los entregue/ A mi sobrino el Príncipe de Parma<sup>74</sup>.

Aunque, desde luego, no con el mismo brillante protagonismo, también es muy frecuente la reivindicación de los participantes en las empresas militares de la monarquía incluso de distintas jerarquías militares. Ateniéndose a circunstancias diversas – la fama adquirida pero también los intereses creados en torno a la aparición o no de un personaje en una determinada obra en función de la relación con el autor<sup>75</sup> – se exponen los soldados-héroes que luchan por Dios y por la Monarquía. Se expresa incluso claramente que es necesario para la sociedad que se conozcan estos nombres a modo de ejemplos de su tiempo. Juan Pujol, en *L'a singular y admirable victoria... que obtingue el Serenissimo... don Juan D'Austria*, aducía estas razones para Lepanto:

<sup>74</sup> Lope de Vega, *Los españoles en Flandes*, Biblioteca Cervantes Virtual, Acto I, fol. 129v-130r. Cfr. V. M. Sauter, *Lope de Vega's "Los españoles en Flandes": a critical edition*, P. Lang, New York, 1997.

<sup>75</sup> Recuérdese, por ejemplo, la razón de Bernal Díaz del Castillo para escribir, aunque sea una obra de carácter más bien historiográfico, su *Verdadera Historia*

*de la conquista de Nueva España* (Madrid, 1632), en el sentido de poner las hazañas de cada uno en su sitio; o los problemas que llega a tener Ercilla por no haber dado la importancia que él creía justa a su superior Don García Hurtado de Mendoza, con quien no tenía precisamente una buena amistad.

Y perquem par no deuhen ser callats/ puix la raho no consent ni comporta/  
que resten dins tancats detrás la porta/ los noms daquelles tan clars y  
senyalats/ assi vul dir en breu memorial/ lo nom d'alguns quéen tan dura  
jornada/ a risch de mort han sa vida posada/ per quanyar aquell goig inmortal<sup>76</sup>.

Pero también, como decimos, los intereses personales entran en juego. Nada más significativo que la autopropaganda que se hace Cervantes en el Quijote, una vez más, en boca del cautivo:

Sólo libró bien con él [se refiere al amo de Cervantes en el cautiverio: Arnaúte Mamí] un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y, por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia<sup>77</sup>.

Este tema de los personajes realmente históricos es tan atractivo para los lectores-espectadores que incluso los autores no desdeñan exponer en sus textos prolijas listas que, si bien dañan la imagen desde el punto de vista de la calidad literaria, interesan al público por el mayor acercamiento entre el tema tratado y sus propias inquietudes. En *La Santa Liga*, de Lope de Vega, cuando está acabando el acto segundo, se exponen gran número de datos sobre la composición de las fuerzas de la Liga (que, se corresponden bastante bien con los datos aportados por los historiadores<sup>78</sup>). Posteriormente, en el acto tercero, también se habla de los personajes que intervienen, con sus cometidos, y de la distribución de la batalla<sup>79</sup>.

Esta es, precisamente, una de las bazas que intentó jugar Pedrosa con su malogrado manuscrito. Pensando en tener su obra una mayor receptividad, lleva a cabo una extensísima y detalladísima exposición de los participantes en Lepanto, aportando una calificativo – glorioso, claro está –

<sup>76</sup> J. Pujol, *La singular y admirable victoria que per la gracia de N.S.D. obtingue el serennissim senyor don Juan D'Austria de la potentissima armada turquesca*, Barcelona, Pedro Malo, 1573, p. 73.

<sup>77</sup> M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* cit., I parte, p. 212.

<sup>78</sup> Si se piensa, no podía ser de otro modo, de acuerdo con esta premisa tan importante de la verosimilitud que venimos defendiendo como uno de las bases de esta perspectiva de Historia Cultural. Recuérdese

también la muy sugerente anécdota que protagonizó un espectador en la representación de una comedia sobre la guerra de Flandes de Lope de Vega. Ni corto ni perezoso hizo parar la obra para decir que se rectificase el papel de un alférez que intervenía en la pieza, ya que no se correspondía con la realidad (cfr. M. Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* cit., t. VI, pp. 147-148).

<sup>79</sup> Lope de Vega, *La Santa Liga* cit., actos II y III.

a cada uno de ellos, cuando no lleva cabo también una pequeña historia de su familia y linaje y/o una relación de sus hechos guerreros anteriores.

Pedro Manrique, en su obra de teatro *La Naval* lleva a cabo también una exposición de personajes de Lepanto y las funciones que realizaron<sup>80</sup> y, por su parte, Herrera es proclive en su obra sobre Lepanto a mencionar los protagonistas secundarios, especialmente aquellos que hacen grandes cosas con una cuna vulgar<sup>81</sup> (seguramente identificándose con su propia extracción humilde), y añadiendo con ello otra dosis de atractivo hacia el gran público, que, además, llevaba el mensaje implícito – ya formulado por Cervantes y otros muchos – de que, sirviendo las armas del rey, se podía hacer carrera y fortuna.

Otros autores tienen también otros motivos para este acercamiento a los personajes y, con ello, la proximidad hacia el público. El catalán Juan Pujol, además de elogiar a Juan Cardona, hace en su obra un largo recuento de los catalanes que intervinieron en el combate:

En aquell punt lo valent don Henrich/ molt digne fill del qui de  
Cathalunya/ te lo govern no reposa nis lunya/ de sont parent restant de fama  
rich/ si be cayge dun colp molt desastrat/ en son dver d'una molt gran  
pedrada/ la qual fou prest sens dilatar venjada/ per ell mateix apres que  
fonch levat.

No dormen cert don Guillen Sancliment/ ni don Enrich, nomenat de  
Centellas/ ni el valeros Alexandre Torrellas/ mostrant molt be son cor y braç  
valent/ caseu daquells, menyspreant lo morir/ sens reposar aba animo  
invincible/ fan contrals Tuchs batalla tan terrible/ que jo conech, nou puch  
plenament dir./ Ningun pora pujar en lloch tan alt/ com han guanyat per sa  
gran valentia/ Ramón Caldes, combatent aquel dia/ Francesch Cornet, don  
Luys de Queralt/ e nom oblit, Dimaç de Baxadors/ ni ells fets estranys, de  
laume Mija vila/ ab totes los quals, Raphel Ioan per vila/ va dignament,  
abvimmortals lahors<sup>82</sup>.

## 7. Información y opinión: desarrollo de la cultura de la guerra

La cultura de la guerra se transmite en la literatura española del Siglo de Oro, y, concretamente, en torno al tema de Lepanto, en diferentes direcciones que tienden a la consecución, ya sea de una forma voluntaria o involuntaria, dirigida o espontánea, consciente o inconsciente, de un ensalzamiento de los valores militares que, sin duda, contribuye a crear estados de opinión. La abundantísima información – mucho más veraz de lo que han solido creer los

<sup>80</sup> Pedro Manrique, *La Naval* (BNE, mss. 3942).

Herrera cit., pp. 283-289.

<sup>81</sup> J. Montero, *Poesía e Historia en torno a Lepanto: el ejemplo de Fernando de*

<sup>82</sup> J. Pujol, *La singular y admirable victoria...* cit., p. 75.

historiadores hasta ahora – que contienen estas obras sobre infinitos aspectos, no sólo ya de la vida militar, sino de cuestionamientos políticos y geoestratégicos trascendentes para la Monarquía, nos habla en favor de una opinión pública muy condicionada por esta cultura de la guerra que invade todos los rincones intelectuales, y también populares, del país.

Bien es cierto que durante siglos los historiadores sólo han considerados como “históricos” aquellos contenidos relacionados con la evolución político-militar o, como mucho, el escenario institucional. Desde los nuevos planteamientos de historia global de hace ya más de medio siglo, y, sobre todo, a partir de las últimas perspectivas sobre el estudio de la guerra atendiendo a sus circunstancias sociales, económicas, o culturales<sup>83</sup>, es con otros ojos con los que se deben mirar estas fuentes literarias otrora tan denostadas por su aparente (y también real en muchos casos) falta de verdad histórica. Así, últimamente se ha subrayado la importancia que tienen los preparativos militares, con sus condicionantes de todo tipo, para que se pueda dar el combate, no apareciendo el desarrollo de éste ya tanto como el principal (y en muchas ocasiones casi único) protagonista. La logística, como se ha puesto de relieve en los últimos años, jugaba un papel, si no tan “brillante” sí realmente trascendente. Para el caso de Lepanto, esto es clarísimo, puesto que una de las consecuencias de la victoria es que los turcos habían podido comprobar cómo no sólo se habían aunado voluntades políticas en pos de un objetivo común, sino que se había conseguido el éxito logístico de poner en el Mediterráneo un número tan gigantesco de galeras (el mayor hasta entonces del Mediterráneo occidental) que podía competir con su, hasta ese momento, indiscutible supremacía<sup>84</sup>. Así, visto ahora con “otros ojos”, no es de extrañar la importancia que se le da en la poesía dramática a la logística para el hecho militar. En la obra de Pedro Manrique *La Naval*, por ejemplo, se exponen los nombres del proveedor y del veedor de la armada de Lepanto, como si de héroes se tratara.

<sup>83</sup> Cfr. A. Espino López, *La Historiografía hispana sobre la guerra en la época de los Austrias. Un balance, 1991-2000*, «Manuscripts. Revista d'història moderna», n. 21 (2003), número monográfico titulado *Noves perspectives de la història de la guerra*, pp. 161-191; M. del Carmen Saavedra Vázquez, *De la “Historia de las batallas” al “impacto de la guerra”: algunas consideraciones sobre la actual historiografía militar española*, «Obradoiro de

Historia Moderna», n. 1 (1992), pp. 207-222; D. García Hernán, *Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el ejército en la España del Antiguo Régimen*, «Revista de Historia Militar», número extraordinario (2002), pp. 183-292; E. Martínez Ruiz, M. de Pazzis Pi Corrales, *La investigación en la Historia militar moderna: realidades y perspectivas*, ivi, pp. 123-170.  
<sup>84</sup> Cfr. D. y E. García Hernán, *Lepanto. El día después* cit., p. 160.

Y al proveedor llamó que le tocaba/ prover la qantidad con gran cuantía/ a Francisco de Ibarra que llevaba/ este cargo en la armada y la provía/ y a don Pedro Velázquez ordenaba/ (por ser vedor) que embarquen cada día/ gran bastimento y muchas municiones/ para acudir a todas ocasiones<sup>85</sup>.

Igualmente, se da una descripción detallada de la logística de una galera en la égloga de Cristóbal de Virués sobre “la batalla naval” inserta en la *Historia de Monserrate*, lo que redundante en esa importancia que se le da implícitamente a la cuestión:

Aquel bullicio, aquel apercibirse./ aquel desembarcar y el embarcarse./ aquel cruzar de esquifés y embestirse./ aquel salir a tierra a regalarse./ y el volver a galera provehidos de refrescos que suelen desearse./ el rumor della chusma, los ruidos./ el son desentonado de cadenas./ el sacudir sus tropas y vestidos/ el aderezar los árboles y entenas./ las xarcias, el timón, la palamenta./ aquellas diferencias de faenas/ el hacer provisión por tasa y cuenta./ el hacer leña y el hacer aguada./ el tenerse de canto tanta cuenta:/ que la galera esté bien estibada./ que tenga en abundancia municiones./ que esté dada carena y despalmada./ en fin en semejantes ocasiones/ el trabajo solícito el cuidado./ los pensamientos, las ocupaciones./ son que esté prevenido y alistado/ todo lo necesario y conveniente/ en tiempo tan preciso y limitado<sup>86</sup>.

Uno no tiene por menos que pensar que, si los historiadores no hubiésemos desdeñado en tantas ocasiones a la literatura como fuente histórica, hubiéramos podido avanzar antes y mucho más rápidos en nuestros estudios. Por ejemplo, dándonos cuenta de la importancia de la logística a partir de la idea de que los contemporáneos así lo consideraron, por cuanto formaba parte de lo que se quiere transmitir al público como contenido “atractivo”.

Otras cuestiones como las de los motines (tema expuesto con extensión en *El asalto de Matrique*, de Lope de Vega, por ejemplo) o los saqueos, que formaban parte “cotidiana” e importante de la vida militar, también están presentes en la literatura. Tanto, que hasta el mismísimo Don Juan de Austria es presentado como cómplice principal de un saqueo; algo nada heroico, por cierto, para la cultura “pacifista” de nuestros días, pero perfectamente normal para la cultura de la guerra de entonces. Calderón de la Barca exponía las razones del héroe Don Juan para saquear, en el contexto de la guerra de los moriscos, la población de Galera, que no se había rendido y que, por ello, había de soportar las terribles consecuencias. Los resultados del pillaje son transmitidos por Don Lope a Don Juan:

<sup>85</sup> Pedro Manrique, *La Naval* (BNE, mss. 3942, fol. 109).

*naval*, en *Obras trágicas y líricas del capitán Cristóbal de Virués...*, Madrid,

<sup>86</sup> Cristóbal de Virués, *Égloga de la batalla*

1609, fol. 236r. y v.

DON LOPE No ha habido/ saco jamás que haya dado/ más provecho: no hay soldado/ que rico no haya venido.

DON JUAN ¿ Tanto tesoro escondido/ dentro de Galera había?

DON LOPE Dígatelos la alegría/ De tus soldados.

DON JUAN Yo quiero,/ porque presentar espero/ a mi hermana y reina mía/ desta guerra los trofeos,/ a los soldados feriar/ cuanto fuere de enviar.

DON LOPE Con esos mismos deseos/ hice yo algunos empleos./ y esta sarta que he comprado/ a un hombre que la ha ganado, te ofrezco por la mejor/ joya para dar, señor.

DON JUAN Buena es; y no es excusado/ tomarla, por no excusar/ lo que me habéis de pedir./ Enseñeos yo a recibir,/ pues vos me enseñáis a dar.

DON LOPE El precio es más singular que os sirváis della y de mí<sup>87</sup>.

Sobran los comentarios sobre lo terrible que suenan estos versos para nuestros días, y, sin embargo, eran moneda corriente en el contexto de los enfrentamientos militares de la época.

Pero no sólo este tipo de temas más afectos con las nuevas visiones de la historiografía de vanguardia eran transitados por los literatos del siglo de Oro. También, por supuesto, los geopolíticos y militares; y, muchas veces, no con una disonancia demasiado marcada con lo que ha demostrado la investigación historiográfica posterior. Ya se vio el rigor histórico – relativo, claro, puesto que no era un historiador tal y como lo entendemos hoy – que había en las obras de Herrera. Una vez más insistiendo en la necesidad de la verosimilitud, y con los filtros necesarios que ha de poner el historiador para hacer un verdadero contraste de fuentes, hay en la literatura sobre Lepanto perspectivas políticas y de desarrollo militar que se relacionan extraordinariamente con la evolución de los hechos “históricos”.

Bartolomé Leonardo de Argensola, por ejemplo, en su *Canción a la nave de la Iglesia con motivo de la victoria de Lepanto* introduce aspectos geostratégicos de la política internacional hablando de la importancia, dadas las circunstancias de la expansión hacia Oriente, de las fuerzas cristianas; lo que los historiadores ahora y los contemporáneos de Lepanto llaman “la Empresa de Levante”:

Veránse entonces las paredes llenas/ de despojos opimos por tu gente./ oh vencedora nave, arrebatados,/ más ¿qué venganza general ordenas?/ ¿Qué multitud te sigue hacia el Oriente/ insigne de católicos soldados,/ a vencer obligados,/ o morir por vengar el postrer godó?/ Mas, ¿qué flotas, qué ejércitos son éstos./ en media luna opuestos?/ Agora es tiempo de acabar del todo,/ oh fieles argonautas, pues seguros/ podéis llegar hasta los santos muros<sup>88</sup>.

<sup>87</sup> P. Calderón de la Barca, *Amar después de la muerte o El tuzaní de la Alpujarra*, B.A.E., Atlas, Madrid, 1945, vol. 12, t .III, Jornada III, Escena IX, p. 696.

<sup>88</sup> Cit. por L. Rosales y L.F. Vivanco, *Poesía heroica del imperio*, Ediciones Jerargvía, Madrid, 1940-43, pp. 535-539.

Y, desde luego, en cuanto al desarrollo de los hechos militares hay muchas muestras de que los relatos no se apartan demasiado de lo que es la historia factual (otra cosa es las interpretaciones que se dan sobre esos hechos). Entre los muchos ejemplos traemos aquí el del propio Cervantes, que en el *Quijote* pone también en boca del cautivo muchos detalles de las operaciones de los turcos en el Mediterráneo después de Lepanto:

Lleváronme a Constantinopla, donde el Gran Turco Selim hizo general de la mar a mi amo, porque había hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religión de Malta. Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes y jenizaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada [...]

En efeto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y, echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estuvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso cosario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz [...]

Volvimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado a Túnez, y quitado aquel reino a los turcos y puesto en posesión dél a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y, usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban; y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan...<sup>89</sup>.

Como se ve, no sólo están presentes las informaciones de Cervantes, sino también sus propias interpretaciones – algo ya menos asumible para el historiador – de su visión sobre la política internacional.

La cultura de la guerra se desarrollaba en un mundo esencialmente violento, en que la seguridad física de los sufridos súbditos de casi todas las monarquías, tenían en el horizonte la posibilidad (desde luego mucho más importante que, en general, la de hoy en día) de que el fantasma de la guerra pasar a visitarles. Y eso era especialmente cierto

<sup>89</sup> M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso* parte, pp. 209-210. *hidalgo Don Quijote de la Mancha* cit., I

en el Mediterráneo, donde, en torno a Lepanto, se dio una serie muy abundante de hechos extremadamente violentos que transmitían, cuando llegaban a conocerse, la idea de que seguían viviendo en un mundo tremendamente violento, no exento de cierto sadismo<sup>90</sup>. Esta violencia extrema y alguna porción de sadismo se ve clarísimamente en unas obras literarias que buscaban el efecto que este tipo de mensajes hacía en el espectador. Ercilla habla de la forma de luchar de los españoles en este sentido:

Salen los españoles de tal suerte/ los dientes y las lanzas apretando,/ que de cuatro escuadrones, al más fuerte/ le van un largo trecho retirando:/ hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,/ piernas, brazos, cabezas cercenando:/ los bárbaros por esto no se admiran,/ antes cobran el campo y los retiran<sup>91</sup>.

Esta imagen recurrente de los cuerpos despedazados se ve también en Ercilla cuando narra la batalla de San Quintín:

Vieran en las entradas defendidas/ Gran contienda, revuelta y embarazos,/ Muertes extrañas, golpes y heridas/ De poderosos y gallardos brazos;/ Cabezas hasta el cuello y más hendidas,/ Y cuerpos divididos en pedazos:/ Que no bastaban petos ni celadas/ Contra el crudo rigor de las espadas<sup>92</sup>.

Así como también (obsérvese la extraordinaria similitud de las imágenes transmitidas) en Lope de Vega, en el ya mencionado *Asalto de Mástrique*: «¡Oh animosos españoles,/ que, entre brazos y cabezas,/ piernas y troncos, bañados/ de sangre, los muros trepan!»<sup>93</sup>. Todavía algo más de cierto sadismo se ve cuando, en *La Santa Liga*, de Lope, la victoria de los cristianos se celebra viendo los espectadores asistentes al corral de comedias la cabeza de Alí ensartada en una pica; amén de que en los últimos versos se llame varias veces perro a Solimán:

Salgan todos los cristianos con música/ y traigan en una pica la cabeza de/ Álí y las banderas turcas arrastrando/ y el señor Don Juan detrás armado/ con una media lança [...]

Canten/ Muera el perro Solimán,/ viuan Fclipe y don Iuan,/ viua Felipe famoso,/ y el gran don Iuan glorioso,/ que por venir vitorioso,/ la palma,y laurel le dan,/ muera el perro Solimán<sup>94</sup>.

<sup>90</sup> Hale afirma, en nuestra opinión muy acertadamente, que de la época del Renacimiento tenía, en general, un sesgo de sadismo (J. R. Hale, *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento (1450-1620)*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990, p. 95).

<sup>91</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit.,

canto III, p. 144.

<sup>92</sup> Ivi, canto XVIII, p. 519.

<sup>93</sup> Lope de Vega, *El asalto de Mástrique* cit., acto III, p. 50.

<sup>94</sup> Lope de Vega, *La Santa Liga* cit., acto III, fol. 121r. Unos actos no muy diferentes de los que relata Alonso de Contreras en su recurrida biografía: «A

Estos eran, ciertamente, tiempos duros, como se demuestra, (además de en miles de ejemplos de la literatura), con hechos reales, como la orden del senado de Venecia de matar a los cientos de prisioneros turcos para que el Imperio otomano no pudiera rehacer su flota con marineros experimentados. Desde luego, es importante conocer datos como éstos, y cómo esta violencia extrema es reflejada en la literatura, para darnos cuenta de la trascendencia del horizonte de inseguridad que tenía el Mediterráneo por aquél entonces; una inseguridad que era compartida – vivida – por amplias capas de la población a través de la literatura. El propio Cervantes hacía un diagnóstico bastante acertado de este estado de cosas:

...nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prisa a bogar que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razón se debía tener que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuán, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven a dormir a sus casas<sup>95</sup>.

La violencia era un tema recurrente, pues, en la literatura, y con ello, lógicamente, no se hacía sino alimentar todavía más la cultura de la guerra. En este caso, alimentando el odio visceral hacia el enemigo, y transmitiendo la idea – una vez más, consciente, pero también inconscientemente, por la naturaleza de los discursos literarios – de la imperiosa necesidad de las luchar para estar más cerca de conseguir la ansiada seguridad.

De esta manera, las infinitas alusiones a los actos de barbarie y crueldad de los turcos tenían que crear por fuerza un determinado estado de opinión.

Sobre el propio episodio – decisivo en la campaña de Lepanto – de Famagusta “cantaba” Ercilla:

nuestro maestre de campo, que era un caballero del hábito de Calatrava, llamado Andrés de Silva, le cogieron vivo y, discutiendo quién había de llevarle, le cortaron por medio vivo, para dar a cada uno la mitad, que buena lástima nos dio cuando lo oímos decir. Cortaron las cabezas a los muertos y quemaron sus cuerpos, y a los que cogieron vivos les pusieron a cada uno una sarta de

cabezas y una media pica en la mano, con otra cabeza hincada en la punta, y entraron de esta manera triunfantes en Túnez. Este fin tuvo aquella dichosa jornada» (A. de Contreras, *Discurso de mi vida* cit., en el Cap. 8, p. 68).

<sup>95</sup> M. de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* cit., I parte, pp. 224-225.

Y sacando una armada poderosa,/ de todas sus provincias allegada,/ en la vecina Cipro, isla famosa,/ descargará la furia represada;/ y con espada cruda y rigurosa/ será la tierra dellos ocupada,/ entrando a Famagusta ya batida,/ sobre palabra falsa y fe mentida<sup>96</sup>.

Famagusta aparece también en la obra de Lope, *La Santa Liga*, nada menos que en boca del Marqués de Santa Cruz:

CRUZ. Ciento y cincuenta mil dizen que fueron/ Los cañonazos que sufrió su muro,/ y siempre los de adentro resistieron./ Traían agua por lo más seguro,/ Viejos, niños mujeres y refresco/ Del poco vino y de bizcocho duro./ La hambre que ha tenido parentesco/ Tan grande con la muerte, al fin forçoles/ Debaxo del seguro barbaresco,/ Que se rindiesen al tirano, y dioles/ Mustafá su palabra si dexassen/ A Famagusta dentro de dos soles/ Que mucho que los trates acerassen/ Honrosas condiciones sin consejo./ Matólos, sin que quatro escapase./ Al Bragadino de la guerra espejo,/ Con un Bartolomé desolló víuo/ Y colgó de una antena su pellejo.

IU. Oh bárbaro, cruel, executivo,/ Más cómo tarda en castigarte tanto/ Del español el braço vengativuo?

CRUZ. Ya viene el gran Don Juan terror y espanto/ del África y de Asia deseoso/ de yrle a buscar a Chipre o a Lepanto,/ a resolverse en caso tan dudoso<sup>97</sup>.

Y Herrera hablaba de la escuadra turca en los tonos más horribles: «A ti, dezía, escudo,/ A ti, d'el del cielo esfuerço generoso,/ Poner temor no pudo/ El escuadrón sañoso,/ Con sierpes enroscadas espantoso»<sup>98</sup>. Algo que no se escapaba en la obra de Juan Latino, *Austriada*<sup>99</sup>, y, ni siquiera, en el pobre manuscrito de Pedrosa:

Cernimus immanes hostes populare penates/ Hispanos, Italos, Germanos, moenia versa/ In ciñeres, nostros atque incursare per agros/ Impune, ac tectis miscere incendia nostris,/ Postibus illisos infantes ubere raptos/ Materno, et matres nullo prohibente coactas/ Servitum, luctumque pati tractas pero agros/ Innuptaas passis temerari crinibus, atque/ Longaevos ugere senes se incommoda passos/ Tam multa et vitam invites producere seram<sup>100</sup>.

Así como tampoco a alguien que podía hablar de primera mano de todo aquello, Cristóbal de Virués:

<sup>96</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit., canto XVIII, p. 55.

<sup>97</sup> Lope de Vega, *La Santa Liga* cit., acto III, fol. 117v.

<sup>98</sup> Fernando de Herrera, *Alabanza de la Don Juan de Austria* cit., t. 1, p. 367.

<sup>99</sup> J. A. Sánchez Marín (ed.), *La Austriada de Juan Latino*, Universidad de Granada, Granada, 1981.

<sup>100</sup> Francisco de Pedrosa, *Austriaca sive Naumachia* (BNE, mss. 3960, libro II, fol. 22r.).

El magnífico templo consagrado,/ los sacros monasterios religiosos,/ en ceniza y carbón lo habían tornado./ Las imágenes santas, los hermosos/ altares y retablos venerables/ los lugares benditos y piadoso,/ Por las perversas gentes miserables/ fueron despedazados y deshechos/ con sacrílegas manos detestables,/ Los claustros ricos, los dorados techos/ de divinas historias matizados/ con tanta perfección y costa hechos./ Todos fueron por tierra derribados/ todos por la sacrílega y malvada/ gente con mil injurias profanados<sup>101</sup>.

Es fácil imaginar el estado de opinión generalizado ante este auténtico bombardeo sobre el barbarismo de los turcos, con imágenes tan horribles como las de estos últimos versos, por ejemplo. Un estado de opinión que, vista la crudeza empleada en los mensajes transmitidos, no hacía sino mejorar, de algún modo – imposible saber exactamente cuánto – la disposición de la sociedad española en movilizarse para luchar contra el abominable enemigo. No hay más que recordar, como han destacado los historiadores recientemente, y como había reflejado ya – como acabamos de ver – la literatura, la importancia psicológica que tuvo para la victoria en Lepanto, el ánimo que tenían los cristianos después de las barbaridades cometidas por los turcos en Famagusta una vez que faltaron a la palabra dada<sup>102</sup>.

Desde luego, todo esto era algo muy conveniente para las autoridades, y lo fomentaron todo lo que pudieron. Pero el propio desarrollo de la cultura de la guerra a partir de los gustos del público, también estamos seguros de que tenía mucho que ver en ello.

Además, se estaba creando una imagen de superioridad de las armas españolas y – por extensión – de los españoles, denunciada por múltiples extranjeros (era lugar común en el continente hablar de la “española arrogancia”), en la que también tenía bastante que ver el grado de enardecimiento de un público al que se le tendían mensajes de “expansión” como el que dio Ercilla a partir de la victoria de Lepanto:

Mirad por ese mar alegremente/ cuanta gloria os está ya aparejada,/ que Dios aquí ha juntado tanta gente/ para que a nuestros pies sea derrocada,/ y someta hoy aquí todo el Oriente/ a nuestro yugo la cerviz domada,/ y a sus potentes príncipes y reyes/ les podamos quitar y poner leyes<sup>103</sup>.

De este modo, la épica, y también de una u otra manera la literatura en general y otros productos culturales de otra naturaleza (como la historiografía o la iconografía), no son tanto un reflejo de la realidad (que lo son en muchos sentidos, como hemos visto) como un

<sup>101</sup> Cristóbal de Virués, *Égloga de la batalla naval*, en *Obras trágicas y líricas del capitán Cristóbal de Virués...*, Madrid, 1609, fols. 238v-239r.

pp. 217-218. M. Rivero, *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional* cit., p. 146.

<sup>102</sup> H. Bicheno, *La batalla de Lepanto* cit.,

<sup>103</sup> A. de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* cit., canto XXIV, p. 663.

cauce para construir la realidad. Es decir, el objeto histórico (las representaciones culturales) se convierte, con la creación de estos estados de opinión, y de una forma recurrentemente dialéctica, en sujeto histórico, con una importancia trascendental también para el desarrollo de los hechos “reales”. La propaganda que supuso el “producto cultural” de Lepanto no sólo actuó como la justificación “divinal” de las empresas de la Monarquía, sino que también llegaba a tener un papel todavía más concretamente activo, acercando a la población a una cultura de la guerra que la tenía enardecida, por cuanto sus gustos llegaron a coincidir con los grandes valores que se supone que se defendía y, con ello, con los intereses de captación de los gobernantes. De esta manera, Lepanto no sólo fue un hecho político-militar. Fue también todo un proceso cultural; pero además, con unas implicaciones sociológicas de alcance que pudieron afectar, cerrando el círculo, a los propios planes y el desarrollo de los hechos del escenario político y militar. La fundamental – y bien difícil – cuestión de en qué dimensión y de qué forma, pensamos que debería tener cabida, a pesar de las gigantescas complejidades metodológicas, en algunas de las visiones futuras de los historiadores sobre el tema.